



CRECED

en la gracia y el conocimiento de nuestro
Señor y Salvador Jesucristo. 2 Pedro 3:18

www.creced.ch

noviembre/diciembre 2023

Índice n° 6/2023

2	Los milagros del Señor Jesús	<i>W.W. Fereday</i>
5	El servicio del Evangelio	<i>E.A. Bremicker</i>
7	Ser dependiente y obediente	<i>Ph. Lüigt</i>
14	El fin de todas las cosas se acerca	
17	Alzad vuestros ojos y mirad los campos	<i>Según A.J. Pollock</i>

La revista Creced tiene como meta la edificación y la enseñanza de los que, por gracia, pertenecen a Cristo. Se funda en la soberana autoridad de las Sagradas Escrituras, la Palabra de Dios, la cual “es inspirada por Dios, y útil para enseñar, para redargüir, para corregir, para instruir en justicia, a fin de que el hombre de Dios sea perfecto, enteramente preparado para toda buena obra”. 2 Timoteo 3:16–17

Le recomendamos encarecidamente que tenga siempre a mano su Biblia para buscar en ella todas las citas indicadas en esta revista. Haciéndolo así, usted sacará mayor provecho de su lectura y podrá comprobar con la Palabra, única fuente de Verdad, la enseñanza dispensada. Seamos como los creyentes de Berea, los cuales “recibieron la palabra con toda solicitud, escudriñando cada día las Escrituras para ver si estas cosas eran así”. Hechos 17:11

Los milagros del Señor Jesús

(Viene de la página 4 del n° 5/2023)

33. La resurrección de Lázaro

Juan 11:1-44

Betania fue siempre un dulce lugar para el Hijo de Dios. Este fue uno de los pocos sitios sobre la tierra donde fue amado y donde su espíritu encontró descanso. Lázaro y sus hermanas formaban un agradable círculo familiar. Se amaban los unos a los otros, y tenían una misma fe en el despreciado y rechazado Mesías.

Un día la enfermedad había invadido su hogar, porque la sabiduría divina no siempre guarda a los suyos de los sufrimientos. Lázaro estaba gravemente enfermo, y sus hermanas que lo amaban se hallaban en una profunda angustia. El Señor estaba en ese momento más allá del Jordán. Allí le llegó el llamamiento de ellas: “Señor, he aquí el que amas está enfermo”. Las hermanas no le pidieron claramente que viniera en su ayuda, pensando aparentemente que las noticias lo harían volver a Betania sin retraso. Él podía haber sanado al enfermo a distancia por medio de Su palabra —como en el caso del siervo del centurión—

pero no lo hizo así. Tampoco se apresuró para ir a Betania, sino que se quedó dos días más en el lugar donde estaba. Si no estuviésemos persuadidos de que Jesús nunca se equivoca, su conducta en esta ocasión nos sorprendería. Andaba en la luz y veía perfectamente el curso que debía proseguir para la gloria de Dios. Finalmente anunció a sus discípulos que Lázaro había muerto, y que se alegraba por ellos de no haber estado allí para que creyeran añadiendo: “mas vamos a él”. La advertencia de los discípulos, de que quizás el martirio le esperaba en Judea, no lo detuvo.

Un estupendo milagro debía ser realizado. Jesús ya había resucitado a dos personas, la hija de Jairo, y al hijo de la viuda de Naín. La una acababa de morir, y el otro era llevado a su tumba. Pero Lázaro había estado sepultado hacía cuatro días cuando el Salvador llegó a Betania, y su cuerpo ya estaba en avanzada descomposición. Marta salió a encontrarlo diciéndole: “Señor, si hubieses estado aquí, mi hermano no habría muerto”. Cuando él le habló de resurrección, ella respondió: “Yo sé que resucitará en la resurrección, en el día postrero”. No comprendía que estaba dirigiéndose a Aquel que es “la resurrección y la vida”, quien tiene el poder para resucitar a los suyos cuando él quiera y librarlos de la

muerte eterna. A pesar de toda la luz dada en el Nuevo Testamento desde entonces, pocos hoy en día tienen nociones más avanzadas que las que tenía Marta, según la cual habrá una resurrección general en el día final.

María siguió a su hermana y se postró a los pies del Señor. Tocado por esta escena de tristeza, el Salvador “se estremeció en espíritu y se conmovió”, preciosa prueba de la realidad de su santa humanidad. Vino al sepulcro, y la piedra fue quitada a Su palabra a pesar del comentario de Marta. Dirigió unas pocas palabras de oración al Padre seguidas del clamor a gran voz: “¡Lázaro, ven fuera!”; entonces, el cuerpo y la alma de este hombre nuevamente se unieron. El Señor lo puso en libertad: “Desatadle, y dejadle ir”. ¡Admirable brillo de la gloria de Dios en Aquel a quien los hombres estaban a punto de crucificar! ¿No debiese esta maravilla haber convencido a sus adversarios de la futilidad de sus designios contra él?

Jesús es quien da vida a los muertos. A la hora señalada resucitará a los suyos para que tengan parte en su gloria, en la casa del Padre. Después del reino milenario, cuando venga el tiempo de la disolución de la primera creación, él llamará a sus enemigos para la “resurrección de condenación”. Mientras tanto da vida a

las almas de los hombres. Quienes escuchan y aceptan el mensaje del Evangelio pasan ahora de muerte a vida, y tienen la bendita seguridad de que no vendrán a condenación (Juan 5:24-29). Vida y libertad son al presente la bendita porción de todos los que creen en el nombre del unigénito Hijo de Dios.

34. La pesca milagrosa después de la resurrección

Juan 21:1-14

Este fue el último milagro realizado por el Salvador antes de ir a lo alto. La cruz y el sepulcro están ahora detrás de él. “Fue entregado por nuestras transgresiones, y resucitado para nuestra justificación” (Romanos 4:25). Su obra estaba cumplida, nada quedaba por hacer sino subir adonde estaba primero. Destacablemente, Juan es el único de los cuatro evangelistas que usa la palabra “subir” en conexión con nuestro Señor, y no nos da el relato de la misma ascensión (3:13; 6:62; 20:17). En lugar de eso, nos presenta una serie de tres incidentes que parecen claramente designados para mostrar los variados resultados de la obra expiatoria del Salvador. Primero, en la manifestación del Señor a sus discípulos en la noche del día de la resurrección, tenemos una imagen de la Iglesia de Dios reunida por el Espíritu Santo en torno a Cristo como su centro

(20:19-23). Luego, en su manifestación al desconfiado Tomás, tenemos un anticipo de su futura revelación al pueblo incrédulo de Israel (v. 24-29). Finalmente, en la pesca milagrosa del capítulo 21 podemos ver un cuadro de la gran reunión de todas las naciones durante el reino milenial. El orden de la bendición de Dios es de este modo: primero, la Iglesia; después, Israel; y finalmente el mundo entero.

El incidente de la pesca ocurrió de esta manera. El Señor había mandado a sus discípulos —los que pronto iban a evangelizar al mundo— a ir a Galilea para encontrarse con él allí. Habiendo llegado allá, en lugar de esperar por él, frente al deseo de Pedro de ir a pescar, ellos fueron también. Después de toda una noche de trabajo, los discípulos no habían pescado nada. También Israel un día confesará: “Ninguna liberación hicimos en la tierra” (Isaías 26:18).

Al amanecer, el Salvador apareció en la playa y su presencia cambió todo para los desanimados pescadores. En respuesta a su pregunta reconocieron que no tenían algo de comer; es una imagen de la actual esterilidad del desobediente Israel. Entonces, en Su palabra echaron la red a la derecha de la barca y pescaron 153 grandes peces. “Y aun siendo tantos, la red no se rompió”. Si el

mar, que es descrito aquí por su nombre gentil (mar de Tiberias, por Tiberio César), representa a las naciones, entonces tenemos aquí un sorprendente cuadro de la gran reunión universal cuando Israel esté una vez más en relación con Dios (Salmo 67). Pero esto no será hasta que se afirmen los pies del Salvador nuevamente sobre el monte de los Olivos (Zacarías 14).

Cada creyente desea ver al mundo liberado y bendecido. Esta ha sido la aspiración de los piadosos en todas las edades, es decir ver la tierra llena del conocimiento de la gloria de Dios (Habacuc 2:14). Este anhelo tiene su fuente en Dios mismo, y él no defraudará tales deseos. Sin embargo, la cristiandad no está destinada a introducir esta feliz realización. La bendición del mundo resultará de la bendición de Israel. Cuando Israel se vuelva a Dios y retome su alto lugar como guía y maestro de las naciones, la bendición universal vendrá rápidamente (véase Romanos 11). Mientras tanto, la salvación está disponible para todos —judíos y gentiles de igual forma— los que ponen su confianza en el Salvador que murió por sus pecados y resucitó para su justificación y la gloria de Dios.

W.W. Fereday

El servicio del Evangelio

Un servicio que nos concierne a todos

¿Tenemos en nuestro corazón el servicio del Evangelio? ¿El que consiste en anunciar la palabra de la cruz a los hombres que van a la perdición? No todos los creyentes tienen el don de evangelista, pero todos deben vivir de tal manera que testifiquen de su Señor y Salvador. Pablo le escribió a Timoteo: “haz obra de evangelista, cumple tu ministerio” (2 Timoteo 4:5). Para quienes han recibido el don de evangelista, es un aliento para no descuidar su servicio. Y para los que no han recibido este don, es un estímulo a no descuidar el testimonio del Señor. A nuestro alrededor hay millones de hombres que no conocen a Jesús como su Salvador, y cada uno de nosotros tiene muchas oportunidades de ser luminares y testigos de Jesús. En el mundo perdido y corrupto en el que nos encontramos, tenemos el deber de presentar “la palabra de vida” (Filipenses 2:15-16), es decir, al mismo Señor Jesús. Dondequiera que vivamos, podemos y debemos, mediante nuestro comportamiento y nuestras palabras, ser testigos del

Señor Jesús. Para ello, no es necesario tener un don especial o una educación particular. Solo necesitamos un corazón que ame a nuestro Señor. Si estuviéramos más ocupados por todo lo que él ha hecho por nosotros, tendríamos más celo en comunicárselo a los demás.

El ejemplo de Felipe

En nuestros contactos con personas que no conocen a Jesús, necesitamos sabiduría y la guía del Espíritu Santo. Además, para ayudarnos, la Palabra de Dios nos da ejemplos de siervos cuyo comportamiento nos enseña al respecto. Encontramos uno en la historia de Felipe y del eunuco etíope, referida en Hechos 8:26-40. Felipe era un siervo de Dios que testificaba a otras personas acerca de Jesucristo. Aunque llamado “el evangelista” (21:8), todos podemos aprender algo de su comportamiento. Entre los muchos detalles que contiene este relato, fijaremos nuestra atención en cinco puntos.

Felipe es obediente (v. 27)

Este siervo había recibido una clara misión: levantarse e ir hacia el sur, por un camino desierto. El encargo no parecía especialmente interesante, pero Felipe siguió las instrucciones divinas. No argumentó ni discutió con Dios,

sino que hizo lo que se le había dictado. No actuó por su cuenta, sino que dependió de Dios en todo momento. Sin duda estamos en situaciones muy diferentes a las de Felipe, pero Dios puede poner en nuestros corazones una tarea determinada que quizás no nos atraiga. El servicio del Evangelio es a menudo algo que se lleva a cabo por caminos desiertos y de manera desconocida.

Felipe corre hacia el carro (v. 30)

No esperó a que el eunuco sentado en su carro se le acercara, sino que él mismo tomó la iniciativa. Tras recibir la orden del Espíritu Santo de acercarse, actuó sin dudar ni vacilar. Podemos esperar hasta que los hombres vengan a nosotros, pero a menudo lleva mucho tiempo. Los que vienen por propia voluntad son pocos. Más bien, depende de nosotros tomar la iniciativa. El Señor Jesús no les dijo a sus discípulos que esperaran a que alguien viniera a ellos, les dijo que fueran por todo el mundo a predicar el Evangelio a toda criatura (Marcos 16:15). Al realizar este servicio, debemos pensar primero en todas las personas que el Señor pone en nuestro camino. Casi todos los días, entramos en contacto con incrédulos, ya sea en nuestro lugar de trabajo, en la escuela, con nuestros vecinos o en otras partes. Tenemos un

trabajo que hacer con estas personas. Podemos acercarnos a ellas y atestiguar de Cristo.

Felipe comienza escuchando (v. 30)

Ciertamente sabía que tenía algo que comunicarle al hombre que Dios había puesto ante él. Pero primero esperó. No abrió la boca de inmediato, sino que abrió los oídos y escuchó en silencio lo que el eunuco deseaba decirle. Esta actitud es instructiva para nosotros. A menudo nos cuesta escuchar y empezamos a hablar en seguida. Dependiendo de las circunstancias, se puede ofender a alguien. Es preferible primero prestar atención y escuchar bien. Entonces será más fácil para nosotros continuar y relacionar el mensaje con lo que hemos oído. Cuando escuchamos, nuestro interlocutor se siente respetado y está más dispuesto a escucharnos.

Felipe interroga al eunuco (v. 30)

Felipe, después de haber escuchado, no empezó aún a expresar lo que tenía que decir. Le preguntó algo muy sencillo al eunuco, algo que llevó a este hombre a abrir su corazón y exponer así su problema. Quien pregunta a su interlocutor con sinceridad, demuestra que realmente se preocupa por él. El Señor Jesús muy a menudo preguntaba a los hombres. A veces la respuesta era obvia, pero de todos

modos formulaba la pregunta. El Señor nunca preguntaba porque no sabía la respuesta. Su meta siempre era lograr que la persona reflexionara sobre su situación y abriera su corazón. Del mismo modo, también podemos interpelar a nuestros contactos del mundo. Las preguntas pueden ayudarnos a discernir cuáles son los problemas reales para luego poder contestarles correctamente.

Felipe le anuncia el Evangelio
(v. 35)

Solo entonces Felipe logró su objetivo y, abriendo su boca, le habló al eunuco del Señor Jesús. Este siervo supo esperar, tomó su tiempo y sin más dilación: “Felipe... comenzando desde esta escritura, le anunció el evangelio de Jesús”. Dos cosas nos llaman la atención: En primer lugar, basa su discurso en la Palabra de Dios sobre un pasaje del profeta Isaías. En segundo lugar, el contenido de su mensaje es “Jesús”. Esto es muy importante hoy en día. La base del mensaje del Evangelio sigue siendo la Palabra de Dios y nada más. El verdadero servicio evangelístico solo puede manifestarse si dejamos que la Palabra de Dios hable. Y el contenido del mensaje hoy debe seguir siendo “Jesús”, la persona de nuestro Señor y su obra. El Evangelio es “el evangelio de Dios... acerca de

su Hijo” (Romanos 1:1-3). Dios es la fuente de este glorioso mensaje y el Señor es su centro.

¡Que el ejemplo de Felipe nos anime a ser testigos fieles de nuestro Señor!

E.A. Bremicker

Ser dependiente y obediente

El camino a escoger

Jeremías, instruido por la prueba a lo largo de su vida, una vida de fidelidad a Dios, declara: “Conozco, oh Jehová, que el hombre no es señor de su camino, ni del hombre que camina es el ordenar sus pasos” (Jeremías 10:23). Seamos muy conscientes de que esto es así, y en lugar de buscar seguir el camino de nuestra propia voluntad, como hacemos a menudo, busquemos siempre la voluntad del Señor en todas las cosas.

En el Salmo 25, David hace esta importante pregunta: “¿Quién es el hombre que teme a Jehová?” (v. 12); inmediatamente añade: “Él le enseñará el camino que ha de escoger”. El temor de Dios se traduce en una actitud

de dependencia. Dejemos que **Dios elija por nosotros**, dejemos que él nos guíe. Está dispuesto a enseñarnos. “La comunión íntima de Jehová es con los que le temen” (v. 14).

En el siguiente versículo, David dice: “Mis ojos están siempre hacia Jehová, porque él sacará mis pies de la red”. Nuestra necesidad del divino socorro es a menudo muy apremiante.

Después del trágico caso del becerro de oro, Moisés suplica a Dios que permanezca con Israel a lo largo de la travesía del desierto: “Te ruego que me muestres ahora tu camino... y mira que esta gente es pueblo tuyo” (Éxodo 33:13). Siervo fiel, sabe que ha “hallado gracia” en los ojos de Dios, y se apoya en esta preciosa certeza para abogar a favor de este pueblo infiel e idólatra. Dios responde a su fe. Y para demostrar que ha aceptado su petición, hace pasar todo su bien delante de su rostro (v. 14-23).

En el Salmo 32, después de haber recuperado la comunión con Dios, David es embargado por la alegría del perdón. Y encontramos esta promesa divina en el v. 8: “Te haré entender, y te enseñaré el camino en que debes andar; sobre ti fijaré mis ojos”. ¿Estamos atentos a las indicaciones de Dios, a estos consejos que nos da? A menudo nos falta discernimiento. De modo que la promesa va

seguida de una advertencia: “No seáis como el caballo, o como el mulo, sin entendimiento, que han de ser sujetados con cabestro y con freno, porque si no, no se acercan a ti” (v. 9).

Ser dependiente, buscar la voluntad del Señor y caminar por el camino que él nos indica, en obediencia a su voluntad, es el secreto de una vida para la gloria de Dios.

La Escritura nos da ejemplos de dependencia particularmente instructivos, especialmente en la vida de David y en los relatos de los Hechos de los Apóstoles. Sin embargo, el modelo perfecto de dependencia, obediencia y sumisión solo se encuentra en el Señor Jesús, el hombre perfecto.

El ejemplo de David

David en Keila (1 Samuel 23:1-13)

Es el momento en que David huye de Saúl. El rey lo persigue y busca su muerte. Por eso David y sus hombres se encuentran cerca de Keila, una ciudad de Judá. Los filisteos, los enemigos asiduos del pueblo de Dios, están atacándola y saqueando sus campos.

David desea socorrer la ciudad, pero, en la precaria condición en la que se halla, ¿es correcto hacerlo? “Y David consultó a Jehová, diciendo: ¿Iré a atacar a

estos filisteos? Y Jehová respondió a David: Ve, ataca a los filisteos, y libra a Keila” (v. 2).

No obstante, sus hombres se oponen. Consideran que no es razonable. “Entonces David volvió a consultar a Jehová. Y Jehová le respondió y dijo: Levántate, descende a Keila, pues yo entregaré en tus manos a los filisteos” (v. 4).

Dios cumple su promesa: David sale victorioso y Keila es liberada. Pero el rey Saúl, al enterarse de los acontecimientos, ve en esto una buena oportunidad para apoderarse de aquel a quien Dios le había prometido la realeza, y se pone en marcha con todo su ejército en dirección a Keila.

David está angustiado y pregunta a su Dios: “¿Descenderá Saúl...? ... Sí, descenderá” (v. 11). “Dijo luego David: ¿Me entregarán los vecinos de Keila a mí y a mis hombres en manos de Saúl? Y Jehová respondió: Os entregarán” (v. 12). Entonces David fugitivo y sin asilo, sale de Keila con los suyos; y “anduvieron de un lugar a otro” (v. 13).

David en Siclag (1 Samuel 27 al 30)

Poco después, lamentablemente, David se deja vencer por el desánimo y la incredulidad. Lejos de consultar a Dios huye a la tierra de los filisteos, donde le habían concedido la ciudad de Siclag para

refugiarse allí con su pequeña tropa. Su conducta muestra que ya no está en comunión con Dios. No la volverá a encontrar hasta después de una dolorosa disciplina divina. En ausencia de David y sus hombres, los amalecitas asolan a Siclag y le prenden fuego, llevando cautivas a las mujeres y a los niños.

“David se angustió mucho... mas... se fortaleció en Jehová su Dios” (30:6). Entonces vuelve a ser dependiente y comienza a preguntar a su Dios tal y como lo había hecho antes. “David consultó a Jehová, diciendo: ¿Perseguiré a estos merodeadores? ¿Los podré alcanzar? Y él le dijo: Síguelos, porque ciertamente los alcanzarás, y de cierto librarás a los cautivos” (v. 8). El resto de la historia muestra cómo Dios cumple su promesa. David se reúne con todos los suyos, que habían sido llevados cautivos, y recupera todas sus posesiones (v. 18-20).

Los filisteos en el valle de Refaim (2 Samuel 5:17-25)

Oyendo los filisteos que David había sido ungido por rey, suben para buscarlo y se extienden por el valle de Refaim. En dependencia, David consulta a Dios: “¿Iré contra los filisteos? ¿Los entregarás en mi mano?” (v. 19). David recibe una respuesta tranquilizadora: “Ve, porque ciertamente entregaré a los

filisteos en tu mano”. Él obedece y los vence, derrotándolos Dios delante de él.

Pero pronto los filisteos vuelven a venir a extenderse por el mismo valle (v. 22). David podría haberse dicho a sí mismo: Es muy simple, actuaré como la primera vez y Dios vendrá en mi ayuda. Afortunadamente, no razona de tal manera. Actuar por costumbre es muy peligroso para nosotros. Esto nos impide buscar el pensamiento de Dios y, de hecho, nos coloca en un camino de independencia. David vuelve a consultar a Dios, el cual le dice: “No subas” (v. 23). Esta vez, tiene que tomar a los enemigos por la retaguardia. “Cuando oigas ruido como de marcha por las copas de las balsameras, entonces te moverás; porque Jehová saldrá delante de ti” (v. 24). David obedece y Dios le concede una gran victoria (v. 25).

Más tarde, durante su reinado, David incluso logrará someter a los filisteos para que no hagan más daño (8:1).

¡No confiemos nunca en nuestra propia sabiduría, ni en nuestras experiencias, por muy buenas que hayan sido! Busquemos el camino de Dios para nosotros. Y a cada paso, depositemos nuestra confianza en el Señor. “Sustenta mis pasos en tus caminos, para que mis pies no resbalen” (Salmo 17:5). En nuestras dificultades,

una espera apacible lo honra y Su respuesta llegará con toda certeza. Así seremos “más que vencedores por medio de aquel que nos amó” (Romanos 8:37).

La actitud de David, buscando los pensamientos y la voluntad de Dios, es muy notable e instructiva para nosotros.

El ejemplo de los apóstoles y otros siervos

Felipe, el evangelista, cerca de Gaza (Hechos 8:26-40)

Felipe era uno de los siete que habían sido elegidos para ocuparse del servicio a los necesitados en la iglesia en Jerusalén (6:5). Expulsado por la persecución, va a un pueblo de Samaria donde predica a Cristo (8:1, 5). Mientras realiza un servicio particularmente bendecido, un ángel del Señor le ordena: “Levántate y ve hacia el sur, por el camino que descende de Jerusalén a Gaza, el cual es desierto” (v. 26). ¡Qué lugar tan extraño para anunciar el Evangelio! Sin embargo, Felipe obedece sin discutir.

En este camino, el evangelista se encuentra con un etíope, funcionario de Candace, reina de los etíopes, y administrador de todos sus tesoros. Este hombre regresaba de Jerusalén, donde había ido para adorar a Dios. Sentado

en su carro, está leyendo el capítulo 53 del profeta Isaías, pero sin comprender su significado. Entonces el Espíritu le dice a Felipe: “Acércate y júntate a ese carro” (v. 29). Felipe se acerca, el etíope le invita a subir y, basándose en este precioso pasaje de la Escritura, le anuncia el Evangelio de Jesús. Transformado, este nuevo hijo de Dios es inmediatamente bautizado, luego sigue “gozoso” su camino (v. 39). Ha encontrado al único que puede satisfacer las necesidades de un corazón.

Las puertas cerradas para Pablo y sus compañeros (Hechos 15:36-16:8)

Después de su primer viaje misionero, el apóstol Pablo tiene un fuerte deseo de volver a las ciudades en que habían anunciado la Palabra, para “visitar a los hermanos” y “ver cómo están” (15:36).

Pablo escoge a Silas para que lo acompañe. Encomendados a la gracia de Dios por los hermanos de Antioquía, pasaron primero por Siria y Cilicia, “confirmando a las iglesias” (v. 41).

Durante su estancia en Derbe y Listra, se llevan a Timoteo con ellos (16:1-3). En adelante será de gran utilidad en el servicio al Señor (1 Corintios 4:17; Filipenses 2:22). Lucas, el médico amado, autor del libro de los

Hechos, también se unirá un poco más tarde a este pequeño grupo lleno de celo.

Pero he aquí, la Palabra de Dios revela: “Atravesando Frigia y la provincia de Galacia, les fue prohibido por el Espíritu Santo hablar la palabra en Asia; y cuando llegaron a Misia, intentaron ir a Bitinia, pero el Espíritu no se lo permitió. Y pasando junto a Misia, descendieron a Troas” (v. 6-8). Nos sorprende que puedan surgir tales obstáculos. Más bien, estamos acostumbrados a las dificultades causadas por Satanás y sus esclavos, hombres que todavía están en sus pecados (1 Tesalonicenses 2:18). Entonces, ¿es posible que una obra, proveniente según los pensamientos de Dios, pueda ser detenida por “el Espíritu Santo”— por “el Espíritu de Jesús”?

Es precisamente en tales situaciones cuando un hijo de Dios puede mostrar su sumisión aceptando el mandato del Señor de esperar. Cuando Dios nos da a conocer una necesidad, no siempre es un llamamiento inmediato a levantarnos. Puede ser ante todo un tema de oración que él nos pone delante. También puede utilizar a otro siervo o imponernos un plazo de tiempo antes de que llegue el momento de actuar. En el caso del apóstol Pablo, las visitas a estas tierras se realizarán durante su tercer viaje.

Si echamos un vistazo a un mapa veremos que estos siervos intentaron ir a la izquierda, luego a la derecha. Pero cada vez Dios cerró la puerta. En otras ocasiones la abre de par en par (1 Corintios 16:9). Su obra se realiza a su debido tiempo. Ante una puerta cerrada, un siervo dependiente se somete y se guarda de insistir, esperando las instrucciones de arriba (Salmo 5:3; Santiago 5:7-8).

Luego un camino claramente trazado (Hechos 16:9-12)

Sin embargo, Dios ayuda a sus siervos: Pablo recibe una visión de noche. Un varón macedonio se presenta ante él y le dice: “Pasa a Macedonia y ayúdanos” (v. 9). Lucas nos enseña que, como resultado de esta visión, la pequeña compañía —a la que fue incluido a partir de entonces— “en seguida” procura partir para Macedonia, “dando por cierto que Dios nos llamaba para que les anunciásemos el evangelio” (v. 10).

Para ellos se trata de cruzar directamente un brazo de mar. La navegación y el viento son favorables; desembarcan en Samotracia y, desde allí, cruzando Neápolis, van a Filipos. Esta ciudad, por su ubicación, dominaba toda Macedonia. Es un paso muy importante que Dios confía a sus siervos. El Evangelio será anunciado en Europa.

Pablo y sus compañeros de servicio tendrán que sufrir en Filipos. Pero la certeza de estar en el camino del Señor los alentará. ¡Qué testimonio se dará en la prisión de esta ciudad! En medio de los gemidos de los cautivos, Pablo y Silas cubiertos de heridas cantarán a medianoche himnos a Dios (v. 25). Y su carcelero se convertirá. Habrá fruto para Dios como resultado de la fidelidad de sus siervos. Se formará una iglesia en esta ciudad, para la gloria de Dios.

Actualmente, Dios no suele enviar sus directivas por medio de una visión. Su Palabra y su Espíritu son guías seguras para ayudarnos a discernir las puertas que abre o cierra. Procuremos tener ante Dios la actitud conveniente para ser guiados por él.

Obediencia, sumisión, dependencia

Estas tres palabras expresan una actitud de corazón que agrada a Dios y que le gustaría ver en cada uno de los suyos. Numerosos relatos del Antiguo y Nuevo Testamentos brindan vívidas ilustraciones de esto, y hemos considerado algunas de ellas. ¡Que el ejemplo y el mensaje que nos traen contribuyan a formar nuestras mentes y nuestros corazones!

- **Obedecer** a Dios es hacer lo que él nos pide, ya sea para

cumplir algo que él quiere o para abstenernos de lo que no quiere. La obediencia a Dios presupone que él nos ha dado a conocer su voluntad.

Ejemplos de obediencia: “Por la fe Abraham, siendo llamado, obedeció para salir al lugar que había de recibir como herencia” (Hebreos 11:8). Asimismo, obedece cuando Dios le pide que ofrezca su único hijo en holocausto (Génesis 22).

- **Someterse** a Dios es aceptar su voluntad y dejar de lado la nuestra. Esto incluye la obediencia, por supuesto, pero es un concepto más amplio. La sumisión también implica la aceptación de lo que Dios ha decidido para nosotros, para nuestro camino, para nuestras circunstancias. No siempre implica algo que hacer o no hacer.

Ejemplos de sumisión: A pesar de su gran deseo de edificar una habitación para Dios, el rey David se somete de corazón a la voluntad de Dios, quien tiene diferentes proyectos (2 Samuel 7). El apóstol Pablo le ruega al Señor que lo libere del aguijón en su carne, pero el Señor le dice que no y el apóstol lo acepta plenamente (2 Corintios 12:8-10).

- **Depender** de Dios es otorgar a Dios toda autoridad sobre nosotros y nuestra vida, buscando siempre su voluntad, aunque no la haya expresado, porque

no queremos hacer nada sin estar seguros de que corresponde a sus pensamientos.

Ejemplos de dependencia: Josafat y su pueblo se dirigen a Dios y le dicen: “No sabemos qué hacer, y a ti volvemos nuestros ojos” (2 Crónicas 20:12). Esdras publica ayuno para solicitar de Dios camino derecho (Esdras 8:21).

El ejemplo perfecto del Señor Jesús

A lo largo de su vida como hombre, e incluso hasta su muerte, el Señor Jesús “padeció... dejándonos ejemplo, para que sigáis sus pisadas” (1 Pedro 2:21). No obstante, la diferencia entre él y nosotros es inmensa: no solo era un hombre, sino Dios. Conocía de antemano lo que iba a suceder; y sabía todas las cosas (Juan 18:4). Por lo tanto, no podía haber en él la incertidumbre que necesariamente nos caracteriza porque no sabemos lo que va a suceder y solo tenemos una visión limitada de las cosas. Sin embargo, las características de obediencia, sumisión y dependencia irradian en él de una manera maravillosa. Dijo a sus discípulos: “Mi comida es que haga la voluntad del que me envió, y que acabe su obra” (4:34). Y proféticamente, en el Salmo 40: “El hacer tu voluntad, Dios mío, me ha agradado, y tu

ley está en medio de mi corazón” (v. 8).

Su **obediencia** se manifiesta especialmente en los siguientes pasajes: “He descendido del cielo, no para hacer mi voluntad, sino la voluntad del que me envió” (Juan 6:38). “Estando en la condición de hombre, se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz” (Filipenses 2:8). “Aunque era Hijo, por lo que padeció aprendió la obediencia” (Hebreos 5:8).

Su **sumisión** a la voluntad de su Padre se expresa en particular en las palabras que pronuncia en Getsemaní: “Padre, si quieres, pasa de mí esta copa; pero no se haga mi voluntad, sino la tuya” (Lucas 22:42).

Su **dependencia** resplandece, particularmente, en estas palabras: “De cierto, de cierto os digo: No puede el Hijo hacer nada por sí mismo, sino lo que ve hacer al Padre; porque todo lo que el Padre hace, también lo hace el Hijo igualmente” (Juan 5:19).

Ph. Laügt

El fin de todas las cosas se acerca

“Mas el fin de todas las cosas se acerca; sed, pues, sobrios, y velad en oración. Y ante todo, tened entre vosotros ferviente amor; porque el amor cubrirá multitud de pecados.” (1 Pedro 4:7-8)

¿Esperamos al Señor?

¿Hasta qué punto somos conscientes de la inestabilidad de las cosas que nos rodean y de su próximo final? ¿Vivimos diariamente pensando en el regreso del Señor para llevarse a los suyos y con la conciencia de que todas las cosas avanzan aprisa hacia el juicio que establecerá su reino en la tierra?

Tal vez conozcamos la enseñanza en la Escritura sobre este tema, e incluso seamos capaces de exponerla a otros. Pero ¿cuál es su efecto práctico en nuestras vidas? ¿No corremos el peligro de volver a caer de algún modo en la impresión de que todas las cosas seguirán siendo como hasta ahora? Cuando esto sucede, dejamos de esperar cada día el regreso de nuestro Señor, perdemos el carácter de peregrinos y nos comportamos como la gente del mundo. Es cierto que nuestras

obligaciones laborales o de formación profesional acaparan nuestra mente, atención, fuerzas y tiempo de manera importante. Pero corremos el riesgo de depositar nuestro corazón en el éxito, el avance y las posesiones terrenales.

¡Que la Palabra de Dios nos avive al respecto y nos lleve a poner nuestras prioridades en el lugar que les corresponde!

Peregrinos y extranjeros

Pedro escribe a “los expatriados de la dispersión...” (1:1), es decir, a los creyentes de origen judío dispersos en las distintas provincias de Asia Menor. Sus circunstancias les ayudaron a darse cuenta de los dos caracteres que deben distinguir a todos los cristianos. Eran “extranjeros” y “peregrinos” (2:11). Eran “extranjeros” porque su derecho de ciudadanía no estaba en el lugar donde residían. Su verdadera patria estaba arriba. Eran “peregrinos” o transeúntes, porque se dirigían a la casa a la que serían introducidos al regreso del Señor. Recordarles que “el fin de todas las cosas se acerca” (4:7) fue un estímulo para ellos, ayudándoles a llevar a la práctica la exhortación del primer capítulo: “Por tanto, ceñid los lomos de vuestro entendimiento, sed sobrios, y esperad por completo en la gracia que se os traerá cuando Jesucristo sea manifestado”

(v. 13). En este mismo orden de pensamiento, Pedro, en su segunda epístola, después de mencionar que la llegada del “día del Señor vendrá como ladrón en la noche; en el cual los cielos pasarán con grande estruendo, y los elementos ardiendo serán deshechos, y la tierra y las obras que en ella hay serán quemadas” (3:10), exclama: “¡cómo no debéis vosotros andar en santa y piadosa manera de vivir...!” (3:11).

Aún queda poco tiempo

La fragilidad del mundo que nos rodea se expresa también en Hebreos. Aquí se muestra sobre todo en contraste con un Cristo que no cambia, pero el pensamiento es el mismo y eso es lo que se les recuerda enfáticamente a los destinatarios de la epístola. “Ellos (los cielos) perecerán, mas tú permanecerás; y todos ellos se envejecerán como una vestidura, y como un vestido los envolverás, y serán mudados; pero tú eres el mismo, y tus años no acabarán” (1:11-12). En otro contexto algo diferente, se les dice: “porque os es necesaria la paciencia, para que habiendo hecho la voluntad de Dios, obtengáis la promesa. Porque aún un poquito, y el que ha de venir vendrá, y no tardará” (10:36-37). Se les recuerda la promesa divina: “Aún una vez, y conmovaré no solamente la tierra, sino también el cielo” (12:26).

Las epístolas presentan la inminente venida de nuestro Señor como un evento preliminar al derramamiento de la ira que caerá sobre el mundo. Los apóstoles hablan de los “últimos días” y Juan puede incluso escribir: “Niños, la última hora es” (1 Juan 2:18, Nuevo Testamento Interlineal Griego-Español, Lacueva). Siempre es el mismo testimonio: “Mas el fin de todas las cosas se acerca”.

Consecuencias prácticas: ser sobrios y velar...

¿Qué influencia moral debe tener este conocimiento en nuestras almas? El pasaje de 1 de Pedro 4 citado en el encabezamiento nos da varios elementos de respuesta. En primer lugar: “sed, pues, sobrios y velad en oración” (v. 7). La sobriedad es la quietud, seriedad de la mente y moderación de los sentimientos que produce el Espíritu en nuestros corazones, cuando nos damos cuenta de la proximidad del fin de todas las cosas. Es también un espíritu alejado de las influencias nefastas del mundo, marcado por la seriedad y el temor que resultan del sentido de la brevedad del periodo presente, y la conciencia de que los juicios venideros pronto caerán sobre el mundo. A este respecto, podemos recordar las palabras del Señor: “Mirad también por vosotros mismos, que vuestros corazones no

se carguen de glotonería y embriaguez y de los afanes de esta vida, y venga de repente sobre vosotros aquel día. Porque como un lazo vendrá sobre todos los que habitan sobre la faz de toda la tierra. Velad, pues, en todo tiempo orando que seáis tenidos por dignos de escapar de todas estas cosas que vendrán, y de estar en pie delante del Hijo del Hombre” (Lucas 21:34-36). Cabe destacar que el Señor, al igual que Pedro en su carta, invita a los discípulos a orar constantemente.

La oración se lleva a cabo en nuestra relación personal con Dios, en la vida familiar y la de la iglesia. Que nuestras oraciones estén marcadas por la convicción de que todas las cosas de la tierra pasarán pronto. Si supiéramos que el final de nuestra vida está cerca, las oraciones tendrían un carácter especial. ¡Que así sea también cuando nos demos cuenta de que el fin de todas las cosas está cerca! No dejemos que nada nos impida reunirnos para orar. Aprovechemos cada oportunidad para derramar nuestro corazón ante Dios, en su presencia.

“Y ante todo, tened entre vosotros ferviente amor”

El apóstol añade: “Y ante todo, tened entre vosotros ferviente amor; porque el amor cubrirá multitud de pecados” (1 Pedro 4:8).

Esta exhortación tiene en cuenta a los creyentes en sus relaciones mutuas. El apóstol los ve como llamados fuera del mundo y no siendo del mundo —al igual que Cristo no era del mundo (Juan 17:14, 16). Antes de su partida, el Señor también animó a los discípulos a amarse unos a otros como él los había amado (13:34). Del mismo modo, el apóstol desea, “ante todo”, que se distingan por un ferviente amor mutuo. Pedro, como Juan, vivía cada día las exhortaciones del Señor antes de su partida. Guiado por el Espíritu, ahora puede recordárselas a los que eran peregrinos como él. Hablando a sus corazones, pensando en el fin de todas las cosas, les recuerda que el amor cubre multitud de pecados. El amor de Dios ha “cubierto” la multitud de nuestros pecados. Ese mismo amor, actuando en nosotros por el poder del Espíritu, cubrirá los pecados de nuestros hermanos y hermanas. A veces somos desconfiados y duros, nos apresuramos a criticar en lugar de tener ese amor que “no se irrita... no guarda rencor... todo lo sufre, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta” (1 Corintios 13:5-7). Pueden aparecer los “celos y contención” trayendo “perturbación y toda obra perversa” (Santiago 3:16). Por lo tanto, tomemos a pecho la exhortación del apóstol, sobre todo porque hoy aparecen

por muchas partes varias señales del fin de todas las cosas. ¡Que Dios nos conceda caracterizarnos por este amor ferviente y por hacer todo lo posible para lograr la unidad práctica de los hijos de Dios, mientras esperamos fielmente el regreso de nuestro Señor!

Alzad vuestros ojos y mirad los campos

Aunque las Escrituras enseñan claramente que el hombre no se acerca a Dios, a menos que Él, en su soberana gracia, opere en este, también nos muestra con evidencia que la gracia de Dios es ofrecida a todos los hombres: “Dios... ahora manda a todos los hombres en todo lugar, que se arrepientan” (Hechos 17:30). Se reveló como “Dios nuestro Salvador, el cual quiere que todos los hombres sean salvos y vengan al conocimiento de la verdad” (1 Timoteo 2:3-4).

Por un lado, Dios es soberano en el ejercicio de su gracia y, por otro, todo ser humano es responsable de aceptar la salvación que Él ofrece. No podemos explicar cómo se concilian la soberanía de Dios y la responsabilidad del hombre, pero somos llamados a creer lo uno y lo

otro. Saber que Dios es soberano da paz a nuestros corazones. Mientras hacemos todo lo que podemos para difundir el Evangelio, esperamos tranquilamente que Dios haga su propio trabajo, y le dejamos a él los resultados. De lo contrario estaríamos abrumados al ver las innumerables necesidades que nos rodean por todas partes.

Dios trabaja sin cesar para llevar la salvación a los hombres. El capítulo 15 de Lucas nos muestra esta actividad en su totalidad. El pastor, imagen del Señor Jesús, se activa en la búsqueda de la oveja extraviada; la mujer, imagen del Espíritu Santo, se ocupa en la búsqueda de la dracma perdida; el padre, imagen de Dios, corre al encuentro del hijo que vuelve.

Jesús dijo: “El Hijo del Hombre vino a buscar y a salvar lo que se había perdido” (Lucas 19:10). No se contentó con llevar a cabo su obra en la cruz, esta obra que abre el camino al cielo al mayor pecador haciéndolo justo delante de Dios, sino que busca al hombre hasta salvarlo.

Cerca de un pozo nuestro Señor encontró a una pobre mujer samaritana y se le reveló. Entonces ella, no pensando en sí misma, dejó su cántaro y se fue a la ciudad diciendo a los que encontraba: “Venid, ved a un hombre que me ha dicho todo

cuanto he hecho. ¿No será éste el Cristo?” (Juan 4:29).

Y su invitación obtuvo notorios resultados. Ella habló con la convicción de alguien que, no solamente había recibido una gran bendición, sino que se sentía enormemente atraída por quien le estaba dando esa bendición. De esta manera su invitación tuvo más fuerza. Varios salieron de la ciudad y se reunieron junto al pozo para ver al Cristo (v. 30). Entre tanto, los discípulos que habían vuelto, pudieron ver aquellos que estaban allí. Jesús les mostró su inmensa compasión hacia las multitudes diciéndoles: “Alzad vuestros ojos y mirad los campos, porque ya están blancos para la siega” (v. 35). Han pasado más de veinte siglos, pero las palabras del Señor siguen teniendo el mismo peso y sentido. ¿Qué impacto tienen sobre nosotros? “Alzad vuestros ojos”, veréis vecinos, otras personas del barrio, o de la ciudad; veréis colegas de trabajo, compañeros de clase, que tal vez estén descuidados desde hace mucho tiempo. ¿Conocen al Salvador?

¡Queridos amigos cristianos, ayudemos en dar a conocer el Evangelio de la gracia a las almas que perecen!

Según A.J. Pollock

Dios nuestro Salvador, el cual quiere que todos los hombres sean salvos y vengan al conocimiento de la verdad.

1 Timoteo 2:3-4

Id por todo el mundo y predicad el evangelio a toda criatura.

Marcos 16:15

¿Quién es el hombre que teme a Jehová? El le enseñará el camino que ha de escoger.

Salmo 25:12

El fin de todas las cosas se acerca; sed, pues, sobrios, y velad en oración. Y ante todo, tened entre vosotros ferviente amor.

1 Pedro 4:7-8

Publicación de edificación cristiana Creced

Se suele utilizar en las citas bíblicas la versión Valera 1960 o la versión Moderna (V.M.). Estas citas se encuentran entre “ ”.

Suscripción: La revista se envía a todo aquel que la solicite. Se sostiene con las oraciones, suscripciones y ofrendas de creyentes.

En caso de **cambio de dirección**, le rogamos que nos avise lo más pronto posible, comunicándonos tanto la nueva como la antigua en caracteres claros y legibles.

Contacto: Para cualquier información referente a Creced, o para solicitar la suscripción, debe dirigirse a la dirección siguiente: Creced, 46, route de Suisse, 1290 Versoix-Genève (Suiza), por medio del sitio www.creced.ch, o a través de la dirección de correo electrónico: revista@creced.ch.

Están a la venta los **19 volúmenes** encuadernados de la revista Creced, desde 1984-85 hasta 2020-21. Cada uno consta de 336 páginas. Indique claramente los años que desea recibir.

Precio (1 volumen): 10 \$ EE. UU. 10 EUR 10 CHF

Se aplicará un descuento de 15 % a quienes soliciten 5 volúmenes, de 20 % a partir de 10 volúmenes y de 25 % por la serie completa. Las librerías ya establecidas gozan de un mayor descuento.

Ofrecemos gratis el índice de los 20 primeros años de la revista Creced (1984-2003) a quienes compren los libros encuadernados o posean los fascículos de esos años.

Medios de pago:

- PayPal: Usar el siguiente enlace: [PayPal.Me/paralarevistacreced](https://www.paypal.com/paralarevistacreced).
- Western Union: a nombre de Jean-Pierre Cuendet, Les Pommerets 6, 2037 Montezillon (Suiza).

En cualquiera de estos casos, es importante que nos avise lo antes posible a: revista@creced.ch, indicándonos sus nombres y apellidos, la suma que manda, la fecha del pago y el número del giro de Western Union.

- Alternativamente, se puede enviar billetes de \$ EE. UU. o de Euro en un sobre certificado.

Comité de redacción: J.-P. Cuendet (responsable), J. Perron, J.-C. Moinat, O. Perron

Sitio web: <http://www.creced.ch>

E-mail: revista@creced.ch
